
EL ECO
QUE NO CALLA
JESÚS LÓPEZ SOLANO

El eco que no calla

Prólogo

En Nueva Hilda había un lugar del que los adultos nunca hablaban.

No porque fuera peligroso. No porque hubiera ocurrido allí un crimen famoso. Simplemente porque era más fácil fingir que no existía.

Los chavales del barrio lo llamaban la Casa del Eco.

Un edificio de hormigón gris, abandonado a medio construir en las afueras de la ciudad, cerca del antiguo cauce del río. Las ventanas eran agujeros negros sin cristal, las paredes estaban cubiertas de grafitis y la verja oxidada que rodeaba el terreno llevaba tanto tiempo rota que nadie recordaba cuándo había dejado de ser una barrera.

Por las noches, cuando el viento venía del río, el edificio emitía un sonido extraño. No era exactamente un silbido. Era más bien un eco largo, como si alguien susurrara dentro de las paredes.

Los adolescentes del barrio decían que si gritabas en el interior, el sonido regresaba deformado. Como si la casa respondiera.

Aquella noche de agosto hacía calor incluso después de las once. El cielo estaba limpio y la luna iluminaba los descampados que rodeaban el edificio.

Cinco sombras cruzaron el hueco de la verja.

—Te digo que esto es mala idea —murmuró Dani mientras miraba hacia atrás.

—Pues haberte quedado en casa —respondió Marta.

Laura Méndez caminaba delante del grupo con una linterna en la mano. Tenía dieciséis años y avanzaba con la seguridad de quien se niega a admitir que algo pueda darle miedo.

Detrás de ellos caminaba Rubén,
callado como siempre. Y al final del
grupo iba Mateo.
Mateo tenía diez años y era el hermano pequeño de Laura.

—No tenías que haber venido —le dijo ella por tercera vez.

—Prometiste que me dejarías —respondió el niño.

Laura suspiró. —Pero no te
separes de mí. Mateo asintió.
El interior del edificio estaba lleno de sombras. El suelo estaba cubierto de polvo, cascotes y trozos de madera húmeda. Cada paso levantaba pequeñas nubes grises que flotaban en el aire.

Cuando Laura encendió la linterna, el haz de luz iluminó una escalera que subía a la segunda planta.

Subieron. Los escalones crujían bajo su peso y el sonido de sus pasos rebotaba por los pasillos vacíos.

En la planta superior había una sala amplia con parte del techo derrumbado. Desde allí se veía el río oscuro atravesando la ciudad de Nueva Hilda como una cicatriz negra.

Mateo caminó hacia una de las ventanas sin cristal.

—Se oye el agua —dijo.

Laura lo agarró del hombro. —No te acerques tanto.

El niño se volvió hacia ellos con una sonrisa extraña. —¿Jugamos?

—¿A qué? —preguntó Marta.

—A decir secretos.

Dani soltó una carcajada. —Vaya juego.

—Uno cada uno —insistió Mateo—. Sin mentir.

Durante unos minutos dijeron tonterías de adolescentes y rieron. Entonces llegó el turno de Rubén.
—Mi secreto es que sé algo que vosotros no sabéis. Laura frunció el ceño. —¿Qué cosa?
Rubén señaló el suelo agrietado del edificio. —Que esta casa no está vacía. El silencio cayó de golpe. Mateo dio un paso atrás.

El borde del suelo estaba roto, oculto por la oscuridad.

El pie del niño resbaló.

—¡Mateo! —gritó Laura.

El cuerpo desapareció por el hueco.

Un segundo después llegó el sonido. Un golpe seco. Horrible. Bajaron corriendo las escaleras.
Mateo estaba en el suelo. Inmóvil. Los ojos abiertos. Laura cayó de rodillas a su lado. —Mateo…
No hubo respuesta.

Dani empezó a llorar. —Tenemos que llamar a una ambulancia. Marta negó con la cabeza, pálida. —Nos meteremos en un lío.
Rubén miró el cuerpo y luego a los demás. —Si nadie sabe que estuvimos aquí… Laura levantó la cabeza. —¿Qué estás diciendo?
Rubén habló despacio. —Que nadie tiene por qué saber lo que pasó. El viento atravesó el edificio y el eco recorrió los pasillos vacíos.
Aquella noche tomaron una decisión que enterraron bajo años de silencio. Una decisión que pensaron que nadie descubriría jamás.
Se equivocaban.

Porque veinticinco años después alguien iba a recordárselo con siete palabras: "Ya sabes lo que hiciste. Devuélvelo."

El eco que no calla

Capítulo 1: La caída

La inspectora Laura Méndez llegó al puente de la Autovía del Este justo cuando el sol empezaba a teñir de naranja el hormigón sucio. El tráfico estaba cortado en ambos sentidos, un cordón policial improvisado con conos y cintas amarillas que ya ondeaban con el viento del mar cercano. Abajo, en el lecho seco del antiguo cauce desviado, el cuerpo de un hombre yacía desmadejado como un muñeco roto. No había sangre visible desde arriba, solo esa quietud antinatural que tienen los muertos cuando ya no fingen.

—Otra vez —murmuró su compañero, el subinspector Raúl Vega, mientras se ajustaba la mascarilla bajo la nariz—. Cuatro en dos meses. Si sigue así, vamos a tener que pedir refuerzos de Madrid.

Laura no contestó. Bajó por la escalera de servicio oxidada, pisando con cuidado los escalones metálicos que crujían como si fueran a romperse. El olor a salitre y gasolina la golpeó de inmediato. El muerto era un hombre de unos cuarenta y pico, traje gris barato, zapatos de punta fina. Se había tirado de cabeza, sin dudar, según los testigos. Uno de ellos, un camionero que paró en el arcén, juraba que el tipo había estado hablando solo antes de saltar. "Como si le contestara a alguien por teléfono".

El móvil de la víctima estaba intacto en el bolsillo de la chaqueta, pantalla agrietada pero encendida. Laura lo sacó con guantes, pulsó el botón de reproducción de la nota de voz más reciente. La hora: 19:47, apenas siete minutos antes del salto.

Una voz susurrante, grave pero nítida, llenó el aire entre el tráfico lejano y los murmullos de los agentes:

“Ya sabes lo que hiciste. Devuélvelo.”

Siete palabras. Exactas. Idénticas a las otras tres grabaciones que ya tenían archivadas.

Laura sintió un pinchazo en la nuca, como si alguien le hubiera rozado el pelo con dedos fríos. La voz… no era cualquiera. Era la misma entonación, el mismo eco sutil de fondo, como si se hubiera grabado en una habitación vacía con goteras. Pero lo peor no era eso.

Era que la conocía.

No de oídas. La conocía de verdad.

Porque era la voz de un niño que llevaba muerto veinticinco años.

Se obligó a respirar hondo, guardó el móvil en la bolsa de pruebas y miró hacia arriba, al puente. Raúl la observaba desde la barandilla, con esa cara de "dime que no estás pensando lo que creo".

—Laura… ¿estás bien?

Ella negó con la cabeza, pero no era por el cuerpo. Era porque, por primera vez desde que empezó todo esto, la voz no solo se oía en las grabaciones.

Se oía dentro de su cabeza.

Y repetía las mismas
palabras. "Ya sabes lo
que hiciste."

El eco que no calla

Capítulo 2 — El patrón

La lluvia empezó a caer sobre Nueva Hilda poco antes del amanecer.

Era una lluvia fina, persistente, de esas que no hacen ruido pero lo empapan todo lentamente. Desde la ventana de su despacho en la comisaría central, la inspectora Laura Méndez observaba cómo las luces de los coches se reflejaban en el asfalto mojado.

La ciudad despertaba despacio. Camiones de reparto, autobuses casi vacíos, alguna sirena lejana. Nueva Hilda parecía tranquila desde fuera. Pero Laura sabía que esa tranquilidad siempre era engañosa.

No había dormido en toda la noche.

La grabación seguía reproduciéndose en su cabeza una y otra vez. "Ya sabes lo que hiciste. Devuélvelo."
Siete palabras.

Siete palabras que no deberían significar nada… y sin embargo parecían pesar más que cualquier informe policial.

Laura dejó el vaso de café sobre la mesa. Estaba frío. Ni siquiera recordaba cuándo lo había preparado.

En la pantalla del ordenador seguía abierto el informe preliminar de la autopsia. Víctima: Álvaro Cid.

Edad: 44 años.

Causa de muerte: traumatismo craneoencefálico severo por caída desde altura. Conclusión provisional: suicidio.
Laura leyó la palabra
suicidio tres veces. No le
gustaba.
Demasiado simple.

—No te lo crees —dijo una voz desde la puerta.

Laura levantó la vista.

Raúl Vega estaba apoyado en el marco del despacho con un vaso de café en la mano. Llevaba la chaqueta abierta y el pelo todavía húmedo por la lluvia.

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—El suicidio.

Laura se encogió de hombros.

—La autopsia lo
dice.

Raúl sonrió
levemente.

—Pero tu cara dice otra cosa.

Entró en el despacho y dejó un sobre grueso sobre la mesa.

—Te traigo
algo.

Laura abrió el
sobre.

Dentro había varias fotografías de
escenas del crimen. Reconoció las
imágenes inmediatamente.
Marta Salgado, farmacéutica. Había saltado desde el balcón de su apartamento. Luis Herrera, profesor de historia. Se lanzó desde la azotea del instituto.
Javier Pons, comercial de seguros. Cayó desde el último nivel de un parking. Y ahora Álvaro Cid.
Cuatro muertos en menos de
dos meses. Cuatro suicidios.
Raúl señaló las fotos.

—¿Sabes qué tienen en común?

Laura giró la pantalla del ordenador hacia él.

—Esto.

Pulsó el botón.

La voz llenó el
despacho. Suave.
Casi tranquila.

Pero con algo inquietante
escondido en el tono. “Ya sabes lo
que hiciste. Devuélvelo.”
Raúl escuchó en silencio.

Cuando terminó, se quedó quieto unos segundos.

—Joder.

Laura no dijo nada.

Raúl volvió a reproducir la grabación.

—No suena como un
adulto. Laura cruzó
los brazos.
—Eso mismo dijo el laboratorio de audio.

—¿Qué más dijeron?

Laura abrió otro archivo en la
pantalla. Apareció un gráfico
lleno de líneas azules.
—Análisis espectral.

Raúl se inclinó hacia la pantalla.

—¿Y?

—Las ondas son idénticas en todos los casos.

—¿Idénticas?

—Exactamente
iguales.

Raúl frunció el
ceño.

—Eso es imposible.

—Eso mismo dijeron los técnicos.

—Entonces alguien copió el audio. Laura negó lentamente.
—No hay edición. No hay cortes. No hay manipulación digital. Raúl se quedó pensando.
—Entonces alguien les dice la frase antes de que graben. Laura tardó unos segundos en responder.
—Puede ser.

Pero no estaba convencida.

Raúl señaló las fotos de las víctimas.

—¿Por qué ellos?

Laura abrió otro documento.

—Porque se conocían.

Raúl levantó una ceja.

—¿Cómo?

—Instituto San Gabriel. Raúl se inclinó más cerca.
—Promoción del noventa y nueve.

—Todos estaban en el
mismo curso. Raúl soltó
un silbido bajo.
—Eso fue hace veinticinco
años. Laura asintió.
El silencio llenó el despacho.

Fuera, la lluvia seguía cayendo sobre Nueva Hilda.

—Entonces no es casualidad —dijo Raúl finalmente.

—No.

—¿Cuántos eran en el grupo? Laura tardó en responder.
—Seis.

Raúl levantó la cabeza.

—Entonces faltan dos. Laura sintió un escalofrío.
Porque sabía exactamente quién era uno de ellos.

Antes de que pudiera decir nada, la puerta del despacho se abrió de golpe. Era la agente Lucía Torres.
Estaba pálida.

—
Inspectora.
Laura se levantó.
—¿Qué pasa?

Lucía dudó un segundo.

—Tenemos otro caso.

Raúl se giró.

—¿Otro
suicidio?

Lucía
asintió.

—Un hombre saltó desde un edificio hace
veinte minutos. Laura sintió un nudo en el
estómago.
—Nombre.

Lucía miró la pantalla de la tablet.

—Carlos Rivas.

El despacho quedó en
silencio. Raúl miró a
Laura.

—¿Lo conoces?

Laura no respondió inmediatamente.

Porque el nombre había abierto una puerta en su memoria. Un edificio abandonado.
Una noche de verano.

Un niño cayendo al vacío. Laura respiró hondo.
—Sí.

Raúl la observó.

—¿De qué?

Laura lo miró a los ojos.

—Del instituto.

Fuera, en algún lugar de Nueva Hilda, un móvil acababa de grabar otra vez las mismas siete palabras.

Las mismas que parecían perseguirlos desde hacía semanas. "Ya sabes lo que hiciste.
Devuélvelo."

Capítulo 3 — El quinto nombre

La lluvia no había parado cuando Laura Méndez llegó al barrio de San Mateo.

El edificio era uno de esos bloques grises construidos en los años noventa, con balcones estrechos y fachadas desgastadas por los años. Varias patrullas de policía ocupaban la calle y una ambulancia permanecía estacionada junto a la acera.

La cinta amarilla rodeaba la zona.

Laura salió del coche y levantó el cuello de la chaqueta para protegerse de la lluvia. Raúl Vega la alcanzó desde el otro lado del vehículo.
—Tercer piso —dijo.

—¿Testigos?

—Una vecina. Dice que lo vio salir al balcón. Laura caminó hacia el portal.
—¿Saltó?

Raúl negó con la cabeza.

—No
exactamente
.

Laura lo
miró.

—Se cayó.

Entraron al
edificio.

El portal olía a humedad y a lejía barata. En el suelo quedaban marcas de agua donde los sanitarios habían pasado con la camilla.

Subieron por las escaleras.

En el rellano del tercer piso había dos agentes uniformados.

—Inspectora —saludó uno.

Laura miró hacia el balcón del pasillo.

La barandilla estaba doblada hacia fuera.

Raúl señaló.

—Ahí.

Laura se acercó.

El suelo estaba mojado por la lluvia.

—¿Dónde está el cuerpo?

—En el patio
interior.

Laura salió al
balcón.

Desde allí se veía el patio. El cadáver estaba cubierto con una manta blanca. La posición del cuerpo parecía extraña.
No parecía la de alguien que hubiera saltado voluntariamente. Laura apoyó las manos en la barandilla.
—¿Seguro que se cayó?

—Eso dice la
vecina.

Laura volvió al
pasillo.

—Quiero hablar
con ella.

Raúl asintió.

La mujer que abrió la puerta debía rondar los sesenta años.

—¿Ustedes son los policías?

—Sí —respondió Laura—.
Inspectora Méndez. La mujer los
dejó pasar.
—Yo no vi el momento exacto —explicó—. Solo lo vi salir al balcón.

—¿Parecía alterado?

—No exactamente… estaba
hablando. Raúl levantó la
vista.
—¿Con quién?

—Con nadie.

Laura sintió un escalofrío.

—¿Recuerda qué decía?

La mujer pensó unos segundos.

—Algo como… "No lo
tengo". Raúl miró a
Laura.
—¿Algo más?

—Sí. Dijo: "No puedo devolverlo".

Cuando bajaron al patio, el forense estaba examinando el cuerpo.

—¿Qué tenemos? —preguntó Laura.

—Caída desde altura.

—¿Suicidio?

—Eso dirá el informe.

Laura señaló la posición del cadáver.

—No parece un salto.

El forense se encogió de hombros.

—Parece más bien que perdió el equilibrio.

—¿Y el móvil?

El forense señaló una bolsa
de pruebas. Laura cogió el
teléfono.
La pantalla estaba rota, pero el dispositivo
seguía encendido. Revisó los archivos.
Había una grabación
reciente. Hora: 19:52.
Laura pulsó reproducir.

Durante unos segundos solo se oyó el viento. Después llegó la voz.
"Ya sabes lo que hiciste." Laura sintió un escalofrío.
La grabación continuó.
"Devuélvelo."
Raúl murmuró una maldición.

—Otra vez.

Laura miró la lista de archivos.

—Cinco.

—¿Cinco?

—Cinco grabaciones iguales. Raúl pensó en voz alta.
—El grupo era de seis. Laura asintió lentamente.
El aire del patio parecía más frío.

—Entonces queda uno — dijo Raúl. Laura no respondió.
Porque ambos sabían quién era el último nombre. Laura Méndez.
Mientras caminaban hacia la salida del edificio, Laura creyó oír algo. Un susurro.

—¿Has oído eso? —preguntó.

—¿El qué? —
respondió Raúl. Laura
negó con la cabeza.

—Nada.

Pero dentro de su mente, la voz volvió a repetir las palabras. “Ya sabes lo que hiciste.”

Capítulo 4 — El laboratorio

La lluvia había cesado cuando Laura Méndez llegó al edificio del laboratorio forense de Nueva Hilda.

El cielo seguía cubierto de nubes bajas y grises, pero el aire tenía ese olor limpio que queda después de una tormenta nocturna.

Raúl estacionó el coche frente al edificio.

—¿Estás segura de que quieres escuchar esto otra vez? —preguntó.

—Sí —respondió Laura.

Entraron al edificio y subieron al tercer piso, donde estaba el laboratorio de análisis digital. Un técnico delgado con gafas levantó la cabeza cuando los vio.
—Inspectora Méndez —saludó.

—Sergio.

Sergio Álvarez era el especialista de audio forense.

—Imagino que venís por las grabaciones —dijo. Laura asintió.
—Cinco víctimas.

Sergio miró la pantalla frente a él.

—No os va a gustar lo que he encontrado.

En el monitor aparecieron cinco ondas de audio superpuestas.

—Estas son las grabaciones de los móviles
—explicó Sergio. Laura frunció el ceño.
—Son idénticas.

—Exacto.

Raúl cruzó los brazos.

—Eso ya lo
sabíamos.

Sergio negó.

—No del
todo.

Amplió la
imagen.

—Dos grabaciones distintas de una voz nunca son
exactamente iguales. Laura comprendió enseguida.
—Pero estas sí lo son.

—
Milimétricament
e. Raúl miró la
pantalla.
—Entonces alguien está
copiando el archivo. Sergio negó
de nuevo.
—No. Cada grabación fue creada en un
dispositivo distinto. Laura sintió un
escalofrío.
—¿Entonces cómo es posible?

Sergio abrió otra ventana con
los metadatos. Cinco teléfonos
distintos.

Cinco momentos
diferentes. Pero el
mismo archivo.
El silencio llenó el laboratorio.

—¿Puedes identificar la voz? —
preguntó Laura. Sergio dudó unos
segundos.
—Lo intenté.

Abrió otra ventana.

—La comparé con la base de
datos nacional. En la pantalla
apareció una coincidencia.

Raúl miró el monitor.

—¿Quién es?

Sergio no respondió inmediatamente.

—Antes de decirlo…
escuchad esto. Reprodujo
la grabación conocida.
"Ya sabes lo que hiciste.
Devuélvelo." Después
abrió otro archivo.
La calidad era peor, como una
grabación antigua. Pero la voz era
exactamente la misma.
Laura dejó de respirar.

—¿De dónde salió eso? —
preguntó Raúl. Sergio señaló la
pantalla.
—Archivo policial.

Laura sintió un nudo en el estómago.

—¿De qué caso?

Sergio respondió lentamente.

—Un accidente ocurrido hace
veinticinco años. Raúl leyó el
nombre que apareció en
pantalla.

—Mateo
Méndez.

Laura cerró
los ojos.

La voz que empujaba a las personas a la muerte
coincidía con la de su hermano. El niño que había
muerto aquella noche en el edificio abandonado.
—Eso no puede ser —dijo
Raúl. Sergio negó con
gravedad.
—El sistema marca una coincidencia del noventa y ocho por ciento.

Laura respiró hondo.

—¿De dónde sacaste esa grabación antigua?

—De una vieja cinta de vídeo.

—¿Una
entrevista?

Sergio
asintió.

—Del único testigo del
accidente. Raúl miró a
Laura.
—¿Qué testigo?

Sergio respondió en voz baja.

—Tú.

Capítulo 5 — El superviviente

El nombre apareció en la pantalla del ordenador como una sombra que regresaba del pasado. Mateo Méndez.
Durante varios segundos nadie habló en el laboratorio.

Laura mantenía la mirada fija en el monitor, pero en realidad estaba viendo otra cosa: una noche de verano, un edificio abandonado y un niño cayendo al vacío.

Raúl fue el primero en romper el silencio.

—Esto tiene que ser
un error. Sergio negó
lentamente.
—El sistema de comparación vocal no suele equivocarse.

—¿Noventa y ocho por ciento de coincidencia? —preguntó Raúl.

—Sí.

Laura respiró hondo.

—¿Puede ser que alguien haya usado una
grabación antigua? Sergio se encogió de
hombros.
—Si alguien tuviera acceso a archivos
policiales antiguos, sí. Raúl frunció el ceño.
—Eso no es tan fácil.

—Pero tampoco imposible —
respondió Sergio. Laura volvió
a mirar la pantalla.

—Quiero una copia de todos los archivos. Sergio asintió.
—Te los envío ahora.

Salieron del laboratorio poco después del mediodía.

La ciudad de Nueva Hilda seguía húmeda
tras la tormenta. Raúl arrancó el coche.
—Vamos a ordenar esto —dijo.

—Adelante —respondió Laura.

—Cinco muertos —enumeró Raúl—. Todos del mismo instituto.
Todos con la misma grabación. Laura asintió.
—Y la voz coincide con la de
tu hermano. El silencio
volvió al coche.
—El grupo era de seis —continuó Raúl—. Cinco
ya están muertos. Laura sabía lo que venía.
—¿Quién es el
sexto? Laura miró
por la ventana.
—No lo sé con certeza.

—Pero estabais allí
aquella noche. Laura
dudó.
—Han pasado veinticinco años.

Cuando llegaron a la comisaría, la sala de investigaciones
estaba llena de movimiento. Lucía Torres se acercó con una
carpeta.
—Inspectora, creo que he
encontrado algo. Laura abrió la
carpeta.
—Expedientes del instituto
San Gabriel. Los nombres
aparecían uno tras otro.
Marta
Salgado.

Luis
Herrera.

Javier Pons.

Álvaro Cid.

Carlos
Rivas.

Todos
muertos.

Raúl señaló la lista.

—Falta uno.

Laura pasó la
página.

Daniel Ortega.

Raúl levantó la vista.

—¿Lo conoces?

—Sí —respondió Laura—. Estaba allí
aquella noche. Lucía añadió algo más.
—Hace dos semanas la policía acudió a su casa por una llamada de un vecino.

—¿Por qué?

—Decía que Ortega gritaba que alguien estaba dentro de su casa. Raúl frunció el ceño.
—¿Encontraron a alguien?

—No.

Lucía giró el monitor hacia ellos.

—Pero dejó una grabación en su móvil. Laura sintió un escalofrío.
—La misma voz.

Esa misma noche, en una casa de las afueras de Nueva Hilda, Daniel Ortega no podía dormir. La lluvia golpeaba las ventanas. El móvil estaba sobre la mesa.

Daniel volvió a reproducir la grabación.

“Ya sabes lo que
hiciste.” Daniel
cerró los ojos.
“Devuélvelo.”
—No lo tengo —
susurró. El
silencio llenó la
casa.
Entonces oyó un crujido en
el pasillo. Daniel levantó la
cabeza.
—¿Hola?

Nadie respondió.

La puerta del dormitorio se movió ligeramente.

—¿Quién está ahí?

Entonces la voz volvió a
oírse. Pero esta vez no
salía del móvil. Salía del
pasillo.
Muy cerca.
“Devuélvelo.”

Capítulo 6 — La casa de Daniel Ortega

La lluvia volvió a caer sobre Nueva Hilda poco después de la medianoche.

Era una lluvia fina que golpeaba el parabrisas del coche patrulla mientras Laura Méndez conducía hacia las afueras de la ciudad.

Raúl revisaba el expediente en el asiento del copiloto.

—Daniel Ortega. Cuarenta y un años. Empresario.
Empresa de logística. Laura mantuvo los ojos en la carretera.
—¿Familia?

—Divorciado. Vive solo.

—¿Antecedentes?

—Nada… hasta hace dos semanas.

—La llamada del vecino
—dijo Laura. Raúl
asintió.
—Decía que Ortega gritaba que alguien estaba dentro de su casa.

La lluvia aumentó mientras las luces del coche iluminaban la carretera estrecha.

—¿Encontraron a alguien? —preguntó Laura.

—No.

—¿Crees que está en
peligro? Raúl miró
por la ventana.
—Con cinco muertos ya… diría que sí.

La casa de Daniel Ortega estaba al final de
una calle sin salida. Era moderna,
demasiado grande para una sola persona.
Las luces del salón estaban
encendidas. Laura
estacionó el coche.

—Vamos.

Salieron bajo la lluvia.

Laura tocó el timbre.

Nadie respondió.

Volvió a tocar.

Silencio.

Raúl miró por la ventana.

—El salón está vacío.

Laura empujó la puerta.

Estaba abierta.

Entraron.

La casa estaba en
silencio. Demasiado
silencio.
En la mesa del salón
había un móvil. La
pantalla iluminaba la
habitación. Laura lo miró.
Una grabación estaba
reproduciéndose. “Ya sabes
lo que hiciste.”
Raúl suspiró.
“Devuélvelo.”
Laura detuvo el audio.

—La ha escuchado
muchas veces. Raúl
señaló el contador.
—Treinta y dos reproducciones.

Un ruido leve llegó desde el piso de arriba.

Los dos levantaron la cabeza.

—¿Has oído eso? —
susurró Raúl. Laura sacó
su arma.
Subieron las escaleras
lentamente. El pasillo
superior estaba oscuro.
Una puerta estaba
entreabierta.
El dormitorio.

Laura empujó la puerta.

La habitación estaba vacía.

Pero la puerta de la terraza
estaba abierta. La barandilla
estaba doblada hacia afuera.
—Mira —dijo Raúl.

En el suelo había huellas
mojadas. Laura miró hacia
el jardín.
Entonces lo vio.

Un cuerpo en el
césped.

Los dos
corrieron.

Daniel Ortega estaba en el suelo. Respiraba con dificultad.
Laura se arrodilló.

—Daniel.

Los ojos del hombre estaban abiertos de par en par.

—Está aquí —susurró.

—¿Quién? —preguntó Raúl. Ortega agarró el brazo de Laura.

—El niño.

Laura sintió que la sangre se le helaba.

—¿Qué
niño?

Ortega
temblaba.

—El que
cayó.

Raúl miró a
Laura.

—¿Mateo?

Ortega empezó a llorar.

—No fue un
accidente. Laura se
inclinó más cerca.
—¿Qué quieres
decir?

Ortega cerró los
ojos.

—Lo empujamos.

El silencio cayó sobre
el jardín. Raúl miró a
Laura.
—¿Quién?

Ortega apenas podía hablar.

—Todos.

La lluvia seguía cayendo sobre Nueva Hilda.

Y por primera vez en veinticinco años…

la verdad empezaba a salir a la superficie.

Capítulo 7 — La confesión

La ambulancia llegó quince minutos después.

La lluvia seguía cayendo sobre el jardín de la casa de Daniel Ortega mientras los sanitarios colocaban al hombre en la camilla.

Laura observaba en silencio. Daniel estaba pálido, empapado y temblaba sin control.

—Hipotermia leve —dijo uno de los sanitarios—. Y probablemente un ataque de pánico. Raúl miró a Laura.
—Pero
estaba vivo.

Laura
asintió.

—Sí.

Daniel intentó incorporarse en la camilla.

—No… no me llevéis
todavía… Laura se
acercó.
—Daniel, necesitas atención médica.

El hombre negó con la cabeza desesperadamente.

—Tenéis que
escucharme… Raúl

intervino.
—Te escucharemos en el hospital. Daniel agarró la muñeca de Laura.
—No… él está aquí…

—¿Quién? —preguntó Laura.

—El niño.

Laura sintió un escalofrío.

—¿Mateo?

Daniel asintió lentamente.

—Nos está
buscando.

El sanitario
interrumpió.

—Inspectora, necesitamos
moverlo. La ambulancia
se alejó bajo la lluvia.
Minutos después, Laura y Raúl llegaron al Hospital
Central de Nueva Hilda. Los pasillos estaban casi
vacíos.
Daniel estaba sentado en una cama de observación con una
manta sobre los hombros. Sus ojos parecían no haber
dormido en días.
—Daniel —dijo Laura.

—Ha vuelto —
respondió él. Raúl
suspiró.
—Otra vez con el
niño. Laura se
sentó frente a él.
—Necesitamos que nos cuentes exactamente qué
ocurrió aquella noche. Daniel miró sus manos.
—No murió en el
momento. Raúl

levantó la cabeza.
—¿Qué?

—Cuando cayó… seguía respirando. Laura sintió un nudo en el estómago.
—¿Estás seguro?

—Lo vi.

Laura habló despacio.

—Entonces empieza desde el principio.

Daniel cerró los ojos.

—Habíamos bebido. Estábamos en el edificio abandonado.

—¿Cuántos? —preguntó Raúl.

—Seis.

Daniel comenzó a enumerar los nombres.

—Marta. Luis. Javier. Álvaro.
Carlos. Y yo. Raúl añadió:
—Y Laura.

Daniel negó lentamente.

—No. Laura ya se
había ido. Laura
frunció el ceño.
—No recuerdo eso.

—Porque no lo viste.

El silencio llenó la habitación.

—¿Qué pasó después? —
preguntó Raúl. Daniel respiró
profundamente.
—Mateo nos estaba
molestando. Laura habló
con dificultad.
—Era un niño.

—Sí. Pero había visto algo.

—¿Qué?
Daniel
susurró:
—Habíamos robado
dinero. Raúl frunció el
ceño.
—¿A quién?

—A mi padre.

Laura sintió un golpe en el pecho.

—Mateo lo vio todo.

—Y dijo que lo contaría —
continuó Daniel. Raúl inclinó
la cabeza.
—Entonces intentasteis
asustarlo. Daniel asintió.
—Carlos lo agarró.

—Luis también.

—Lo acercaron al borde del
suelo roto. Laura apenas
podía respirar.
—¿Y luego?

Daniel abrió los ojos lentamente.

—Alguien lo empujó.

El silencio se hizo
pesado. Raúl
preguntó en voz
baja:
—¿Quién?

Daniel miró a Laura.

—No lo sabemos.

La lluvia seguía cayendo sobre Nueva Hilda.

Y veinticinco años después, la verdad empezaba a salir a la superficie.

Capítulo 8 — Las grietas del pasado

El hospital central de Nueva Hilda estaba casi en silencio cuando Laura Méndez salió de la habitación de Daniel Ortega.

La puerta se cerró suavemente detrás de ella.

Durante unos segundos se quedó apoyada contra la pared del pasillo, respirando despacio. Raúl salió detrás.
—No me gusta —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó Laura.

—Todo esto.

Raúl caminó unos pasos por el pasillo.

—Cinco muertos. Un sexto medio muerto diciendo que un niño muerto lo persigue. Laura no respondió.
—Y ahora resulta que el niño no murió inmediatamente —añadió Raúl. Laura pensó en las palabras de Daniel: seguía respirando.
—Tenemos que revisar el caso original —dijo finalmente.

—¿El accidente de Mateo? —
preguntó Raúl. Laura asintió.
—Sí.

—Eso fue hace veinticinco años.

—Y alguien acaba de usar su voz para provocar cinco suicidios.

La comisaría de Nueva Hilda estaba llena de movimiento cuando regresaron. Lucía Torres los esperaba con varios documentos.
—Inspectora, encontré algo en el caso de Mateo Méndez. Laura se inclinó sobre la pantalla.

—El informe original habla de una caída accidental. Lucía abrió otro documento.
—Pero el forense añadió una nota. Laura frunció el ceño.
—¿Qué dice?

Lucía leyó:

—El menor presentaba signos de respiración durante los primeros minutos tras el impacto. Raúl levantó la cabeza.
—Entonces Daniel decía la verdad. Laura sintió un peso en el pecho.
—Mateo estaba vivo.

Lucía pasó a la página siguiente.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—El informe indica que alguien movió el cuerpo antes de que llegara la policía. El silencio llenó la sala.
—Entonces alguien estaba allí —dijo Laura.

—Y no aparece en la investigación —añadió Raúl. Lucía buscó en los registros.
—La primera llamada al 112 la hizo un vecino: Miguel Aranda.

—¿Sigue vivo? —preguntó Raúl.

—Sí. Vive cerca del río.

Minutos después, Laura y Raúl llegaron a la casa de Miguel Aranda. Era un hombre de setenta años con rostro curtido.
—Sabía que algún día volveríais —dijo cuando vio la placa de policía.

Laura lo miró fijamente.

—Usted hizo la llamada al 112 aquella noche.

—Sí.

—¿Qué vio exactamente?

Miguel Aranda tardó en responder.

—Vi a los chavales salir corriendo del edificio.

—¿Cuántos? —preguntó Raúl.

—Cinco.

Laura frunció el ceño.

—Había seis.

El hombre negó.

—Cuando yo llegué,
solo vi cinco. El silencio
se hizo pesado.
—Entonces uno se quedó —
murmuró Raúl. Miguel Aranda
asintió.
—Sí.

Laura sintió un escalofrío.

—¿Quién?

—No lo vi bien.

El hombre pensó unos segundos.

—Pero recuerdo algo.

Laura se inclinó hacia adelante.

—¿Qué?

—Había alguien junto
al niño. Raúl frunció
el ceño.

—¿Haciendo qué?

Miguel Aranda respondió lentamente.

—Hablándole.

Laura sintió un nudo en el estómago.

—Pero el niño estaba
muriendo. El hombre
negó.
—No.

Miró a Laura.

—El niño estaba vivo.

Y alguien estaba susurrándole algo al oído.

Capítulo 9 — El sexto que se quedó

La casa de Miguel Aranda quedó en silencio
después de su última frase. “El niño estaba vivo.”
Laura Méndez permanecía inmóvil en el sofá del salón mientras la lluvia golpeaba suavemente las ventanas.

Raúl fue el primero en hablar.

—¿Está seguro de eso?

Miguel Aranda asintió lentamente.

—Muy seguro.

Laura inclinó la cabeza.

—Explíquenos exactamente lo que vio.

El anciano caminó hasta una estantería llena de fotografías antiguas y tomó una de ellas. Era una imagen del viejo edificio abandonado junto al río.
—Esto era antes —dijo—. Cuando
todavía estaba en pie. Raúl miró la
foto.
—La Casa del
Eco. Miguel
sonrió
débilmente.

—Así la llamaban los
chavales. Laura
volvió al tema.
—¿Qué vio aquella noche?

El hombre cerró los ojos un instante.

—Escuché el golpe primero.

—El cuerpo cayendo —dijo Laura.

—Sí.

—Luego salí de casa.

—¿Cuánto tardó?

—Un minuto. Tal
vez dos. Raúl
frunció el ceño.
—¿Y cuando llegó?

—Vi a los chavales salir corriendo.

—Cinco.

Laura cruzó los brazos.

—¿Cómo estaba el
niño? Miguel
respondió con voz
baja.
—
Respiraba.
Raúl
murmuró:
—Entonces Daniel
tenía razón. Miguel
continuó.
—Uno de los chicos se
quedó atrás. Laura sintió
que el corazón se aceleraba.
—¿Qué hacía?

—Estaba arrodillado junto al niño.

—¿Intentaba ayudarlo? —
preguntó Raúl. Miguel negó
lentamente.
—No.

—¿Entonces?

—Le estaba
hablando. Laura
sintió un escalofrío.
—¿Recuerda lo que decía?

Miguel tardó varios segundos en responder.

—No exactamente… pero sí recuerdo una palabra. Laura se inclinó hacia delante.
—¿Cuál?

Miguel la miró fijamente.

—Decía que tenía que devolverlo. El silencio llenó la habitación.
La misma palabra que aparecía en las grabaciones.

Cuando Laura y Raúl regresaron al coche, ninguno habló durante varios minutos. Las luces de Nueva Hilda brillaban sobre el asfalto mojado.
Raúl rompió el silencio.

—Eso cambia todo.

Laura asintió.

—Sí.

—Significa que alguien más estaba allí.

—Y fue la última persona que vio a Mateo con vida. Raúl golpeó suavemente el volante.
—Y nadie lo mencionó en la investigación. Laura miró por la

ventana.
—Tal vez porque lo ocultaron.

Cuando llegaron a la comisaría, Lucía Torres estaba esperándolos.

—Inspectora,
encontré algo. Lucía
giró el monitor.
—Los nombres de los alumnos
del grupo. Marta. Luis. Javier.
Álvaro. Carlos. Daniel.

Raúl señaló la pantalla.

—Falta uno.

Lucía abrió otro archivo.

—Un alumno que se cambió de instituto pocas semanas después del accidente. Laura sintió que el pulso se aceleraba.
—Nombre.

Lucía leyó lentamente.

—Rubén Salazar.

El silencio cayó sobre la sala.

Laura reconoció el nombre inmediatamente.

—Rubén…
Raúl la
miró.
—¿Lo
conocías?

Laura
asintió.

—Era el más callado
del grupo. Lucía
siguió leyendo.
—Se mudó de Nueva Hilda tres semanas después de
la muerte de Mateo. Raúl frunció el ceño.
—Eso es
sospechoso.

Laura preguntó:

—¿Sabemos dónde está
ahora? Lucía tecleó en
el ordenador.
—Sí.

Raúl sonrió.

—Entonces tenemos que hablar con él.

Lucía levantó la mirada.

—No exactamente.

—¿Por qué?

Lucía giró la pantalla hacia ellos.

En el monitor apareció una
fotografía reciente. Un hombre
de unos cuarenta años.
Laura sintió que el aire desaparecía de
la habitación. Porque reconoció la cara
inmediatamente.
Raúl murmuró:

—No puede ser…

Lucía habló en voz baja.

—Rubén Salazar trabaja ahora mismo en el laboratorio
forense de Nueva Hilda. El silencio explotó en la sala.
La voz, los archivos y las grabaciones habían
pasado por el laboratorio. Y alguien allí dentro
sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Capítulo 10 — El hombre del laboratorio

La fotografía seguía iluminando la pantalla del ordenador en la sala de investigaciones. Rubén Salazar.
Laura Méndez no había pronunciado una palabra desde que Lucía Torres reveló el nombre. Raúl rompió el silencio.
—Vale… dime que estoy entendiendo mal. Lucía negó lentamente.
—No lo estás entendiendo mal. Raúl se pasó la mano por el pelo.
—¿El mismo laboratorio que analizó las grabaciones? Lucía asintió.
—El mismo.

Laura seguía mirando la foto.

Rubén había cambiado mucho desde el instituto. El chico delgado y silencioso que recordaba ahora era un hombre de cuarenta años con una mirada fría.

—¿Desde cuándo trabaja allí? — preguntó Laura. Lucía consultó la base de datos.
—Ocho años.

Raúl soltó un silbido bajo.

—Eso es bastante tiempo.

Laura apoyó las manos en la mesa.

—Quiero hablar con él.

—¿Ahora? —preguntó Raúl.

—Ahora.

El laboratorio forense de Nueva Hilda estaba casi vacío a esa hora de la noche. Las luces blancas iluminaban los pasillos con una frialdad casi quirúrgica.
Laura y Raúl caminaron hasta la sala de análisis digital. La puerta estaba abierta.
Sergio Álvarez levantó la cabeza al verlos.

—Inspectora.

—¿Dónde está Rubén Salazar? —preguntó Laura. Sergio frunció el ceño.
—Está en el turno de tarde… pero ya debería haberse ido. Raúl miró el reloj.
—Entonces ¿por qué su coche sigue en el aparcamiento? Sergio dudó.
—No lo sé.

Laura sintió un escalofrío.

—Vamos a buscarlo.

El pasillo hacia las salas de grabación estaba silencioso. Laura abrió la primera puerta. Vacía.
La segunda.
Vacía.

Raúl abrió la
tercera.

—Laura…

La sala estaba iluminada solo por la
pantalla de un ordenador. Un hombre
estaba sentado frente a ella.
Rubén
Salazar.

Pero no se
movía.

Laura avanzó lentamente.

—Rubén.

No respondió.

Raúl rodeó la mesa.

—Joder…

Rubén estaba muerto.

Tenía los ojos abiertos y el cuerpo inclinado sobre el escritorio. Unos auriculares colgaban de su cuello.
En la pantalla del ordenador se reproducía un archivo de audio. La grabación llenó la habitación.
“Ya sabes lo que hiciste.” Raúl murmuró una maldición.
“Devuélvelo.”
Laura detuvo el audio.

—Esto no es un suicidio.

Raúl señaló el suelo.

Había una pequeña jeringa.

—Veneno.

Laura asintió lentamente.

—Parece
preparado.

Raúl suspiró.

—Entonces el principal sospechoso
acaba de morir. Laura volvió a mirar
la pantalla.
—No exactamente.

Había un documento de
texto abierto. Raúl comenzó
a leer.

—“Si estás leyendo esto, Laura, significa que llegaste demasiado tarde.” El silencio llenó la sala. Raúl siguió leyendo.

—“Yo no soy quien crees.”

Laura sintió el corazón acelerarse.

—Sigue.

Raúl tragó saliva.

—“El que se quedó con Mateo aquella noche… no fui yo.” Raúl levantó la mirada.
—Entonces ¿quién fue? Laura miró la última línea.
—“Pregúntale a tu padre.”

El mundo pareció detenerse. Raúl murmuró:
—Esto se acaba de volver muy personal.

Capítulo 11 — El nombre del padre

La sala del laboratorio forense permanecía en silencio.

El cuerpo de Rubén Salazar seguía inclinado sobre el escritorio mientras los técnicos de criminalística trabajaban alrededor.

Laura Méndez estaba de pie frente al ordenador donde Rubén había dejado el mensaje. En la pantalla se leía la última frase: "Pregúntale a tu padre".
Raúl observaba el cuerpo desde el otro lado de la sala.

—Esto ya no me
gusta nada. Laura no
respondió.
Uno de los técnicos levantó la mirada desde el suelo.

—
Inspectora.
Laura se
acercó.
—¿Qué tenemos?

El técnico señaló la jeringa encontrada en el suelo.

—Cloruro de potasio. Una
dosis fuerte. Raúl frunció el
ceño.
—Eso mata rápido.

—Muy rápido —confirmó el técnico. Laura miró el cuerpo.
—¿Suicidio?

El técnico dudó.

—Podría ser… pero la jeringa no estaba en su mano. Raúl murmuró:
—Entonces alguien pudo quitársela.

Minutos después, Sergio Álvarez estaba sentado en la sala de interrogatorios. Sus manos temblaban ligeramente sobre la mesa.
Laura se sentó frente a él.

—Sergio, necesitamos saber qué ocurrió esta noche. El técnico respiró hondo.
—Rubén estaba escuchando la grabación una y otra vez. Raúl intervino desde la pared.
—¿La de la voz?

—Sí.

Laura preguntó:

—¿Dijo algo extraño?

Sergio asintió.

—Dijo que por fin lo entendía. El silencio llenó la sala.
—¿Entendía qué? —preguntó Laura.

—Que la voz no era una amenaza. Raúl frunció el ceño.

—Entonces ¿qué era?

Sergio respondió en voz baja.

—Una
advertencia.

Laura inclinó la
cabeza.

—¿Sobre
qué?

Sergio tragó
saliva.

—Sobre Mateo.

Laura sintió el pulso acelerarse.

—Explícate.

Sergio miró a ambos detectives.

—Rubén dijo que Mateo no murió aquella noche. Raúl se quedó inmóvil.
—¿Qué quieres decir?

—Que alguien terminó lo que empezó. El silencio cayó como una losa. Laura se levantó lentamente. Raúl murmuró:
—Entonces alguien lo mató después de la caída. Sergio asintió. Laura volvió a mirar el mensaje del ordenador. "Pregúntale a tu padre". Raúl habló en voz baja.

—Tu padre estaba en la escena aquella noche, ¿verdad? Laura respondió con dificultad.
—Sí.

—Entonces tenemos que hablar con él. Laura negó lentamente.
—No podemos.

Raúl frunció el ceño.

—¿Por qué?

Laura respiró hondo.

—Porque murió hace diez años. El silencio volvió a llenar la sala.

Raúl murmuró:

—Entonces tenemos un problema. Laura miró la pantalla una vez más.
Porque si su padre había estado allí aquella noche…

entonces el pasado de Nueva Hilda escondía secretos mucho más oscuros de lo que nadie imaginaba.

Capítulo 12 — El archivo olvidado

La noche había caído sobre Nueva Hilda cuando Laura Méndez salió de la sala de interrogatorios.

El pasillo de la comisaría estaba casi vacío. Solo se oía el zumbido de los fluorescentes y el sonido lejano de una máquina de café.

Raúl la esperaba apoyado contra la pared.

—Entonces… tu padre.

Laura caminó hasta la ventana del pasillo y miró las luces de la ciudad.

—Mi padre fue uno de los primeros en llegar aquella noche —dijo finalmente. Raúl asintió.
—Y Rubén dejó un mensaje muy claro: que le preguntaras a él. Laura cruzó los brazos.
—Si dejó algo… debe estar en sus archivos. Raúl sonrió ligeramente.
—Los policías siempre guardan cosas.

La casa donde Laura había crecido estaba en el barrio antiguo de Nueva Hilda. Hacía años que no entraba allí. Cuando abrió la puerta, el olor a madera vieja y polvo llenó el aire. Raúl encendió la luz del pasillo.
—Bonita casa.

Laura caminó directamente hacia el
despacho de su padre. El cuarto estaba
exactamente como lo recordaba.
Una mesa grande, estanterías llenas de carpetas y un archivador metálico junto a la ventana. Laura abrió el primer cajón.
Había decenas de carpetas con casos antiguos.

Raúl se inclinó sobre su hombro.

—Busca el año.

Laura pasó los documentos
lentamente. 1999.
Allí estaba.

Una carpeta con un nombre que le
heló la sangre. Mateo Méndez.
Raúl murmuró:

—Ese es.

Laura sacó la carpeta. El polvo se levantó en el aire.

Dentro había fotografías, notas escritas a mano y documentos que no estaban en el archivo oficial. Raúl tomó uno de los informes.
—¿Qué dice?

Laura leyó la primera línea y sintió que el mundo se detenía.

—"Posible
homicidio." Raúl
levantó la
cabeza.
—¿Qué?

Laura siguió leyendo.

—Mi padre creía que Mateo
fue asesinado. El silencio llenó
el despacho.
Raúl se sentó lentamente en la silla.

—Entonces el accidente fue una mentira. Laura pasó otra página.
Había un nombre subrayado varias veces con tinta roja. Raúl lo vio primero.

—Carlos Rivas.

Laura sintió un escalofrío.

—Uno de los del grupo.

Raúl frunció el ceño.

—Y ahora está muerto.

Laura continuó revisando los papeles. Había una última hoja.
Una nota escrita a mano por su padre. Raúl la leyó en voz alta.
—"Si algo me ocurre, buscad la grabación." Laura levantó la mirada.
—¿Qué grabación?

En la parte inferior del papel había una dirección. Un lugar cerca del río.
Raúl lo reconoció enseguida.

—La Casa del Eco.

Laura cerró lentamente la carpeta.

—El mismo lugar donde todo empezó.

Raúl miró por la ventana oscura del despacho.

—Entonces ahí está la verdad. Laura respiró hondo.
—Sí.

—Y alguien ha estado matando para que no la encontremos. El viento sopló entre los árboles de la calle.

Y por primera vez desde que comenzó la investigación, Laura sintió que el pasado estaba a punto de alcanzarla.

Capítulo 13 — La Casa del Eco

La lluvia había dejado un olor húmedo en el aire cuando Laura Méndez condujo hacia las afueras de Nueva Hilda.

El río atravesaba la ciudad como una cinta oscura bajo la luz de las farolas.

Raúl miraba la carpeta que habían encontrado en el despacho del padre de Laura.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto ahora?

—Sí —respondió Laura sin apartar la vista de la carretera.

—Podríamos esperar a la mañana.

—No.

Raúl suspiró.

—Sabía que ibas a decir eso.

El coche avanzó por el camino de tierra que llevaba al antiguo edificio abandonado. Los árboles cerraban el camino como si quisieran ocultar el lugar.
Al final apareció la silueta oscura del edificio. La Casa del Eco.
Habían pasado más de veinticinco años desde aquella noche, pero Laura lo reconoció inmediatamente.

Las paredes de hormigón seguían en pie, aunque las ventanas rotas parecían ojos vacíos mirando hacia el río.

Raúl salió del coche.

—Encantador
lugar.

Laura apagó el
motor.

—Aquí fue.

El interior del edificio estaba lleno de polvo, escombros y silencio. Cada paso levantaba pequeñas nubes grises que flotaban en el aire.

Raúl encendió la linterna.

—Tu padre dijo que la grabación estaba aquí.

—Sí.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Caminaron por el pasillo mientras el eco de sus pasos
regresaba desde las paredes. Eco. Eco. Eco.
—Ahora entiendo el nombre del sitio —
murmuró Raúl. Laura señaló el fondo.
—La sala grande está allí.

La habitación donde Mateo había caído estaba casi irreconocible.

Parte del techo se había derrumbado y el suelo
estaba cubierto de polvo. Pero el agujero en el
suelo seguía allí.
Raúl observó el hueco.

—Desde aquí
cayó. Laura
asintió
lentamente.
—Sí.

Durante unos segundos ninguno habló.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Raúl.

—La grabación.

Pasaron varios minutos revisando la sala sin encontrar nada. Cuando Raúl estaba a punto de rendirse, Laura vio algo en la pared.
—Espera.

En una grieta del hormigón brillaba algo metálico.

Laura introdujo la mano y sacó un pequeño objeto cubierto de polvo.

Era un viejo reproductor de casete.

—Tu padre lo dejó aquí —
dijo Raúl. Dentro había una
cinta.
Laura presionó el botón de
reproducción. El mecanismo
hizo un ruido seco.
Después comenzó a
escucharse una voz. No era la
voz del niño.
Era la voz de su padre.

—Si estás escuchando esto, Laura… significa que descubriste lo que pasó aquella noche. Laura sintió que el corazón le golpeaba el pecho.
—Mateo no murió por la caída.

La voz continuó entre interferencias.

—Cuando llegué, el niño aún
respiraba. Raúl susurró:
—Entonces Daniel
tenía razón. La
grabación siguió.
—Pero alguien ya estaba allí.

Laura apretó el reproductor con fuerza.

—No pude verlo bien —decía la voz—, pero
recuerdo una cosa. Hubo un breve silencio en
la cinta.
—El hombre llevaba
uniforme de policía. La

grabación terminó con un clic seco. El silencio llenó la sala.
Raúl miró a Laura lentamente.

—Eso significa que alguien del departamento estuvo aquí antes que tu padre.

Laura miró el viejo edificio.

El eco parecía moverse entre las
paredes vacías. Y comprendió algo
terrible.
El asesino de Mateo había sido un policía.

Y durante veinticinco años… nadie lo había descubierto.

Capítulo 14 — Sombras en la comisaría

La grabación terminó con un clic seco.

Durante unos segundos nadie habló en la sala de la Casa del Eco.

El viento que entraba por las ventanas rotas hacía vibrar las paredes del edificio. Laura Méndez seguía sosteniendo el viejo reproductor de casete entre las manos. Raúl fue el primero en romper el silencio.
—Un policía.

Laura levantó la mirada.

—Sí.

Raúl caminó lentamente por la sala iluminando el suelo con la linterna.

—Eso cambia todo.

—Lo sé.

Raúl se detuvo frente al agujero del suelo.

—Si tu padre decía la verdad, entonces alguien del departamento llegó antes que él. Laura asintió.
—Y vio a
Mateo vivo.

Raúl se giró
hacia ella.

—Y decidió terminar
el trabajo. Laura
sintió un escalofrío.
—Sí.

Durante unos segundos solo se oyó el eco del
viento en el edificio. Raúl habló de nuevo.
—Entonces tenemos dos preguntas.

—¿Quién era ese policía?

—Y la segunda —continuó—, ¿por qué tu padre nunca lo denunció? La vuelta a Nueva Hilda fue silenciosa.
La lluvia comenzó a caer de nuevo mientras las luces de la ciudad aparecían en el horizonte. Raúl miraba por la ventana.
—Hay algo que no encaja.

—¿Qué? —preguntó Laura.

—Tu padre era policía. Si sabía que otro policía había matado a un niño… ¿por qué no lo arrestó? Laura apretó el volante.
—No lo sé.

Raúl respondió lentamente.

—Tal vez porque el otro policía tenía poder. Minutos después entraron en la comisaría.
El edificio estaba casi vacío a esa hora de la madrugada. Lucía Torres seguía trabajando frente al ordenador.
—Pensé que ya habíais terminado por hoy —dijo. Laura dejó el reproductor sobre la mesa.
—Encontramos la grabación de mi padre. Raúl añadió:
—Y confirma algo importante. Lucía giró la silla.
—¿Qué?

Laura respondió con voz grave.

—El asesino de Mateo era un policía. El silencio cayó sobre la sala.

Lucía comenzó a teclear rápidamente.

—Voy a revisar quién estaba en servicio aquella noche. Minutos después apareció una lista de nombres en la pantalla. Más de treinta policías trabajaban en la comisaría en 1999.
Raúl suspiró.

—Eso es mucha gente. Lucía siguió filtrando datos.
—Aquí está la primera patrulla que respondió al aviso. Laura sintió que el pulso se aceleraba.
—Dime.

Lucía leyó la pantalla.

—Sargento Manuel Roldán. Raúl reaccionó inmediatamente.
—A mí ese nombre sí me suena. Laura lo miró.
—¿Quién es?

Raúl respondió lentamente.

—El antiguo jefe de la comisaría. El silencio volvió a llenar la sala.
Laura preguntó:
—¿Sigue vivo?

Lucía revisó el registro.

—Sí. Vive todavía en
Nueva Hilda. Raúl apoyó
las manos en la mesa.
—Entonces tenemos que hablar con él.

Laura volvió a mirar la pantalla. Otro nombre llamó su atención. Inspector Luis Herrera.
Raúl frunció el ceño.

—El que se suicidó hace dos meses. Laura asintió.
—Sí.

Raúl murmuró:

—Entonces alguien está eliminando a todos los que estuvieron allí aquella noche. Laura volvió a mirar el nombre que quedaba.
Manuel Roldán.

Y comprendió algo inquietante. Si el patrón continuaba… Roldán podría ser el siguiente.

Capítulo 15 — El último testigo

La lluvia seguía cayendo sobre Nueva Hilda cuando Laura Méndez salió de la comisaría. Raúl caminaba a su lado con el abrigo levantado hasta el cuello.
—¿Estás segura de que quieres hacerlo ahora? —preguntó.

—Sí —respondió Laura.

Entraron en el coche mientras la lluvia golpeaba el parabrisas. Raúl abrió la carpeta con la información de Manuel Roldán.
—Setenta y dos años. Antiguo sargento. Fue jefe de la comisaría durante más de veinte años. Laura conducía en silencio.
—¿Familia? —preguntó.

—Viudo. Un hijo que vive fuera de la ciudad.

Minutos después llegaron al barrio antiguo de Nueva Hilda. La casa de Roldán estaba iluminada.
Laura llamó a la puerta.

Un hombre mayor abrió lentamente.

—Inspectora Laura Méndez —dijo ella mostrando la placa. El hombre la observó durante unos segundos.
—Eres la hija de Daniel.

Laura asintió.

Roldán suspiró.

—Sabía que algún día
vendrías. El interior de
la casa era sencillo.
Fotografías antiguas de policía colgaban de las paredes.

Roldán sirvió café
para todos. Laura fue
directa.
—Estuvo usted en la Casa del Eco
aquella noche. Roldán tardó en
responder.
—Sí.

Raúl intervino.

—¿Antes que el padre de Laura?

—Sí.

Laura sintió que el corazón se aceleraba.

—Entonces vio a Mateo.

—Sí —respondió el anciano—.
Estaba vivo. El silencio llenó la
habitación.
—Cuando llegué —continuó—, el niño estaba en el suelo.

—Respiraba con dificultad.

—Y alguien estaba
arrodillado junto a él. Laura
preguntó:
—¿Quién?

Roldán levantó la mirada.

—Un hombre
con traje.

Raúl frunció el
ceño.

—¿Un civil?

—Sí.

Laura sintió un escalofrío.

—¿Quién era?

Roldán respondió lentamente.

—El padre de Daniel Ortega. El silencio cayó como una losa. Raúl murmuró:
—El empresario.

Laura recordó entonces que Daniel había dicho que el dinero robado era de su padre.

—¿Qué estaba haciendo allí? —preguntó.

—Estaba furioso —respondió Roldán.

—Mateo había visto el dinero.

—Y pensó que lo contaría todo. Laura tragó saliva.
—¿Y entonces?

Roldán bajó la mirada.

—Entonces lo hizo callar. Raúl habló en voz baja.
—¿Está diciendo que él mató a Mateo?

—Sí.

Laura apretó los puños.

—¿Y nadie lo arrestó?

Roldán respondió con cansancio.

—Cuando tu padre llegó, el hombre
ya se había ido. El silencio volvió a
llenar la habitación.
Laura dijo:

—Alguien está matando a todos los que estuvieron
allí aquella noche. Roldán no pareció sorprendido.
—Lo sé.

Raúl frunció el ceño.

—¿Cómo que lo
sabe?

Roldán miró a
Laura.

—Porque yo soy el siguiente.

Laura sintió que el corazón se detenía.

—¿Por qué?

—Porque el hijo de Daniel Ortega siempre
quiso vengarse. Raúl respondió
lentamente.
—Daniel sigue
vivo.

Roldán negó.

—No.

Laura frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

El anciano respondió con gravedad.

—El hombre al que interrogaste en el hospital… no era Daniel Ortega.

Capítulo 16 — El hombre del hospital

El silencio dentro de la casa de Manuel Roldán se volvió pesado después de su última frase. "El hombre al que interrogaste en el hospital… no era Daniel Ortega."
Laura Méndez tardó unos segundos en reaccionar.

—Eso es
imposible.

Roldán negó
lentamente.

—No.

Raúl frunció el ceño.

—¿Cómo puede saberlo?

El anciano respiró profundamente.

—Porque el verdadero Daniel Ortega
murió hace años. Laura sintió que el
corazón se aceleraba.
—Explíquese.

Roldán apoyó las manos sobre la mesa.

—Después de lo que pasó con Mateo, el padre de Daniel cambió. Se volvió paranoico y violento. Raúl escuchaba con atención.

—¿Qué tiene que ver eso con Daniel?

—Su padre lo envió fuera del país. Laura frunció el ceño.
—¿A dónde?

—A Estados Unidos.

Raúl levantó una ceja.

—¿Cuándo?

—Un año después de la muerte
de Mateo. Laura pensó en algo.
—Pero Daniel
regresó.

Roldán negó.

—No.

El silencio cayó sobre la
habitación. Raúl
murmuró:
—Entonces el hombre que vive aquí
no es Daniel. Laura sintió un
escalofrío.
—¿Quién es entonces?

Roldán respondió con calma inquietante.

—Eso es lo que debéis descubrir.

Minutos después, Laura y Raúl regresaban a la comisaría bajo la lluvia.

—Esto se está volviendo cada vez más
extraño —dijo Raúl. Laura conducía en
silencio.
—Repasemos lo que
sabemos. Raúl
empezó a enumerar.
—Mateo no murió por la caída. Fue asesinado.

—Varios testigos del caso han muerto recientemente.

—Y alguien está usando la voz del niño para provocar los suicidios. Laura añadió:
—Y el hombre del hospital no es Daniel Ortega.

Cuando llegaron a la comisaría, Lucía Torres seguía frente al ordenador. Laura fue directa.
—Necesitamos los registros médicos de Daniel Ortega.

Lucía frunció el ceño.

—¿Por
qué?

Raúl
respondió:

—Porque creemos que el hombre que está en el hospital
no es quien dice ser. Lucía comenzó a teclear.
Pasaron unos segundos.

—Aquí está —dijo
finalmente. Laura se
acercó.
—¿Qué
encontraste?

Lucía amplió el
archivo.

—Las huellas dactilares no
coinciden. El silencio llenó
la sala.
Raúl murmuró:

—Entonces Roldán tenía
razón. Laura sintió un

escalofrío.
—El hombre del hospital no es Daniel. Lucía abrió otro archivo.
—Hay algo más.

En la pantalla apareció una fotografía antigua del instituto. Un grupo de estudiantes posaba frente al edificio. Raúl señaló una cara.

—Ese es Daniel.

Lucía asintió.

—Sí. Pero este otro…

Señaló a otro chico casi idéntico.

Laura sintió que el corazón se detenía.

—¿Quién es?

Lucía leyó el nombre del archivo.

—Álex Ortega.

Raúl frunció el ceño.

—
¿Hermano?
Lucía
asintió.
—Hermano gemelo.

Laura comprendió entonces
algo inquietante. Si Daniel
desapareció…
Álex pudo ocupar su lugar.

Y durante años, nadie lo notó.

El hombre del hospital no solo mentía sobre su identidad.

También podía ser la persona que estaba detrás de todos los suicidios.

Capítulo 17 — La habitación vacía

El hospital central de Nueva Hilda estaba casi en silencio cuando Laura Méndez y Raúl Vega entraron por la puerta principal.

La madrugada había dejado los pasillos en una calma extraña. El sonido de sus pasos resonaba sobre el suelo brillante.
Raúl miró el reloj.

—Las cuatro y veinte.

Laura caminaba rápido.

—Si ese hombre no es Daniel Ortega, necesitamos hablar con él antes de que desaparezca. Raúl murmuró:
—Tengo la sensación de que ya llegamos tarde.

El ascensor subió lentamente hasta la tercera planta. La puerta se abrió con un sonido metálico.
El pasillo de hospitalización estaba iluminado por luces suaves. Una enfermera levantó la cabeza al verlos acercarse.
—¿Puedo ayudarles?

Laura mostró
la placa.

—Policía. Buscamos al paciente
Daniel Ortega. La enfermera
miró el ordenador.
—Habitación 312.
Caminaron por el
pasillo.
La puerta de la habitación
estaba entreabierta. Laura la
empujó lentamente.
La habitación estaba vacía.

Raúl murmuró:

—Lo sabía.

La cama estaba deshecha y los cables del monitor colgaban a un lado. Laura observó la habitación.
—Se fue hace poco.

Raúl señaló la ventana.

—O alguien se lo llevó.

En la mesa de noche había un pequeño teléfono móvil. Laura lo encendió. En la pantalla aparecía un único archivo de audio. Raúl suspiró.
—Otra grabación.

Laura presionó reproducir.

La voz del hombre del hospital llenó la habitación.

—Inspectora Méndez… si estás escuchando esto, significa que ya descubriste la verdad. Raúl cruzó los brazos.
—Ese tipo sabía que vendríamos. La voz continuó.
—No soy Daniel Ortega. Laura sintió un escalofrío.
—Mi nombre es Álex Ortega. Raúl

murmuró:
—Confirmado.

La grabación siguió.

—Mi hermano murió hace veinte años.

Laura levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Mi padre lo mató.

El silencio llenó la habitación.

—Después de lo que pasó con Mateo, mi padre empezó a perder el control.

—Daniel descubrió la verdad y amenazó con ir a la policía.

—Una noche mi padre lo golpeó…
demasiado fuerte. Laura sintió un nudo
en el estómago.
—Daniel murió esa
noche. Raúl habló
en voz baja.
—Y el gemelo tomó
su lugar. La
grabación continuó.
—Yo tomé su identidad. Era la única forma de sobrevivir.

—Pero ahora mi padre también
está muerto. Raúl frunció el
ceño.
—Entonces ¿por qué
todo esto? La respuesta
llegó en la grabación.
—Porque alguien más quiere
que paguemos. Laura sintió un
escalofrío.

—Alguien que también estaba allí aquella noche. La grabación terminó con una última frase.
—Y esa persona está más cerca de ti de lo que imaginas. El audio se detuvo. Raúl miró el teléfono.

—No me gusta nada esa frase.

Laura observó la
pantalla. Había
otro mensaje.
Raúl lo leyó.

—Mira detrás de ti.

En ese momento, la puerta de la habitación se cerró lentamente.

Capítulo 18 — El hombre del pasillo

La puerta de la habitación se cerró con un sonido seco. Laura Méndez se giró inmediatamente.
Raúl también.

Durante un segundo ninguno habló.

El pasillo del hospital estaba en silencio. Laura dio un paso hacia la puerta.
—¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

Raúl caminó lentamente hasta la puerta y la abrió. El pasillo estaba vacío.
Las luces blancas del techo iluminaban las paredes sin sombras. Raúl miró hacia ambos lados.
—No veo a nadie.

Laura salió al pasillo.

El eco de sus pasos resonó suavemente.

—La puerta no se
cerró sola. Raúl
negó.
—No.

Laura caminó unos metros.

Al fondo del pasillo una figura
dobló una esquina. Solo un
segundo.
Una silueta.

Raúl también lo vio.

—¡Eh!

Los dos comenzaron a correr. Doblaron la esquina. El pasillo estaba vacío.

Laura frunció el ceño.

—¿Dónde se metió?

Raúl señaló la escalera de emergencia.

—Ahí.

Laura abrió la puerta.

Las escaleras bajaban hacia las plantas inferiores. Raúl escuchó. Pasos.

—Está bajando.

Laura comenzó a descender rápidamente. Los pasos resonaban en la escalera metálica. La puerta del segundo

nivel se abrió de golpe. Laura salió al pasillo. Raúl detrás.

Una enfermera levantó la cabeza sorprendida.

—¿Qué ocurre?

Laura mostró la placa.

—Policía.

—¿Ha pasado alguien corriendo por aquí? La enfermera pensó unos segundos.

—Sí. Un
hombre.

Raúl
preguntó:

—¿Cómo era?

—Alto… con
gorra.

Laura miró a
Raúl.

—Está intentando ocultar la cara.

La enfermera señaló el fondo del pasillo.

—Salió por la puerta
trasera. Laura y Raúl
corrieron.
La puerta trasera del hospital daba
al aparcamiento. La lluvia había
vuelto.
Las farolas iluminaban los
coches mojados. Raúl miró
alrededor.

—Mierda.

Laura señaló algo.

—Espera.

Una motocicleta arrancaba al fondo del aparcamiento. El motor rugió. Raúl murmuró:

—Ese es.

Laura corrió hacia el coche patrulla.

—Vamos.

El coche arrancó segundos después. La motocicleta se alejaba por la calle. Raúl intentaba ver la matrícula.

—No la
veo.

Laura
aceleró.

La moto dobló una
esquina. Laura hizo lo
mismo.
Pero de pronto la motocicleta
desapareció. Habían llegado a
una calle sin salida.
Raúl salió del coche.

—¿Dónde se
metió?

Laura observó el
suelo.

Las marcas de la moto
terminaban allí. Y luego…
nada.
Raúl murmuró:

—Se evaporó.

Laura negó lentamente.

—No.

Señaló una puerta
metálica. Un garaje
abandonado.
—Entró ahí.

La puerta estaba
entreabierta. Raúl
sacó su arma.
—Con cuidado.

Laura empujó la puerta
lentamente. El interior
estaba oscuro.
Solo una bombilla colgaba del techo.

En el centro del garaje estaba la motocicleta.

Pero no había
nadie.

Raúl murmuró:

—Se fue por atrás.

Laura vio algo pegado
al depósito. Un sobre.
Lo abrió.

Dentro había una
fotografía antigua. La
Casa del Eco.
Seis adolescentes frente
al edificio. Raúl señaló la
imagen.
—Ese es Daniel… ese es
Mateo. Laura asintió.
Pero había alguien más.

Un hombre adulto detrás del
grupo. Observándolos.
En la parte trasera de la foto había
una frase escrita. Raúl la leyó.
—El último secreto está en la
comisaría. El silencio llenó el
garaje.
Laura sintió un escalofrío.

Porque si eso era cierto…

entonces el verdadero culpable había estado frente a ellos todo el tiempo.

Capítulo 19 — El despacho cerrado

La lluvia seguía cayendo cuando Laura Méndez estacionó el coche frente a la comisaría. Las luces del edificio iluminaban el asfalto mojado.
Raúl miró la fotografía que habían encontrado en el garaje.

—El último secreto está en la comisaría. Laura apagó el motor.
—Sí.

Raúl suspiró.

—No me gusta cuando las pistas apuntan directamente a casa. Entraron en el edificio casi vacío.
El guardia nocturno levantó la cabeza.

—Inspectora.

Laura respondió con un gesto rápido.

—¿Ha entrado alguien más esta noche?

—No que yo sepa.

Raúl murmuró:

—Eso no significa nada.

En la sala de investigaciones, Lucía Torres seguía frente al ordenador.

—Otra vez vosotros.

Raúl dejó la fotografía sobre la mesa.

—Necesitamos
algo.

Lucía observó la
imagen.

—¿De dónde salió esto?

Laura señaló al hombre del fondo de la fotografía.

—De alguien que quiere que encontremos a este. Lucía amplió la imagen en la pantalla.
El rostro estaba medio oculto por la sombra. Pero se distinguía algo en el pecho del hombre. Una placa policial.
Raúl inclinó la cabeza.

—Eso parece una insignia.

Lucía mejoró la imagen con el ordenador.

Poco a poco el rostro apareció con más claridad. Raúl se quedó inmóvil.
—Espera…

Laura también lo reconoció.

—No puede ser.

Lucía levantó la vista.

—¿Quién es?

Raúl respondió lentamente.

—El comisario.

Laura dijo el nombre en voz baja.

—Tomás Valverde.

El silencio llenó
la sala.

Lucía parpadeó.

—Pero Valverde lleva décadas en el departamento. Raúl murmuró:
—Exacto.

Laura observó la foto otra vez.

—Entonces estuvo allí aquella noche.

Minutos después caminaron hacia el
despacho del comisario. La placa de la
puerta decía: Comisario Tomás Valverde.
Raúl probó la manija.

—Cerrado.

Laura sacó la llave
maestra. La puerta
se abrió con un clic.
El despacho estaba perfectamente ordenado.

Una mesa grande, archivadores y fotografías
oficiales en las paredes. Raúl revisó los cajones.
—Si estuvo allí, algo guardó.

Laura observó un pequeño armario
metálico en la esquina. Estaba cerrado con
llave.
Usó la llave maestra
otra vez. El armario
se abrió lentamente.
Dentro había una sola carpeta
cubierta de polvo. Raúl la tomó.
—Aquí
vamos.

Abrió la
carpeta.

Dentro había fotografías
antiguas. La Casa del
Eco.
La noche del accidente.

Laura sintió que el corazón
se aceleraba. Raúl pasó la
última imagen.

Se quedó quieto.

—Laura…

En la fotografía se veía a Mateo en el suelo. Aún vivo. Y un hombre arrodillado a su lado. El rostro era perfectamente visible. Raúl susurró:
—Valverde.

Laura comprendió en ese momento algo terrible.

Durante veinticinco años…

el asesino había sido el jefe de la policía.

Capítulo 20 — El comisario

El despacho estaba en silencio.

Laura Méndez seguía mirando
la fotografía. Mateo en el suelo.
Aún respirando.
Y el hombre arrodillado a
su lado. Tomás Valverde.
Raúl apoyó las manos sobre la mesa.

—Esto es suficiente para detenerlo.

Laura observó cada detalle de la imagen antes de responder.

—Sí. Es
suficiente.

Raúl sacó el
teléfono.

—Voy a llamar a una
patrulla. Laura
levantó la mano.
—No.

Raúl frunció el ceño.

—¿Qué?

—Si Valverde lleva veinticinco años ocultando esto, no va a rendirse tan fácilmente. Raúl suspiró.
—Entonces ¿qué propones?

—Hablar con él.

Minutos después regresaron al pasillo principal de la comisaría. Una luz estaba encendida en el despacho del comisario. Raúl lo vio primero.

—Laura…

La puerta estaba abierta.

Cuando entraron, Tomás Valverde estaba sentado detrás del escritorio. Como si los hubiera estado esperando.
—Buenas noches, inspectora —dijo con calma. Laura dejó la carpeta sobre la mesa y la abrió.
La fotografía quedó visible.
—¿Quiere explicarlo?

Valverde observó la imagen durante unos segundos.

—Tardaste mucho en encontrarla. Raúl habló con voz dura.
—Usted mató a ese niño. Valverde negó lentamente.
—No exactamente.

Laura lo miró fijamente.

—Explíquese.

El comisario apoyó las manos sobre el escritorio.

—Cuando llegué, el niño aún respiraba.

—Pero no iba a sobrevivir. Raúl respondió con frialdad.
—Eso no le daba derecho a matarlo. Valverde suspiró.
—No lo maté.

Laura señaló la fotografía.

—Entonces ¿qué hizo?

—Evité un escándalo.

El silencio cayó sobre la habitación. Raúl murmuró:
—¿Perdón?
Valverde continuó.
—Si ese niño hablaba, habría destruido muchas vidas. Laura frunció el ceño.
—¿Qué vidas?

El comisario la miró fijamente.

—La tuya, por ejemplo.

Laura sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué tiene que ver esto conmigo? Valverde respondió con calma.
—Tu padre.

El silencio llenó el despacho. Raúl miró a Laura.
—¿Qué está diciendo?
Valverde habló lentamente.
—El dinero que esos chicos robaron… había sido confiscado por tu padre. Laura negó.
—Eso es mentira.

—No —respondió el comisario—. Tu padre sabía lo que iba a pasar aquella noche. Raúl murmuró:
—Esto es una locura.

Valverde caminó hacia la ventana mientras la lluvia golpeaba el cristal.

—No. Esto es Nueva
Hilda. Laura apretó
los puños.
—Está arrestado.

Valverde sonrió ligeramente.

—No lo creo.

Raúl frunció el ceño.

—¿Por qué?

Valverde respondió con voz tranquila.

—Porque si me arrestas… todo el mundo sabrá lo que hizo tu padre.

Capítulo 21 — La amenaza

El despacho del comisario permanecía en silencio.

La lluvia golpeaba el cristal de la ventana
detrás de Tomás Valverde. Laura Méndez no
apartaba la mirada de él.
—Está arrestado —repitió.

Valverde sonrió con una calma inquietante.

—No lo creo.

Raúl dio un paso adelante.

—Escuche bien, comisario. Tenemos una fotografía, tenemos testigos y tenemos su confesión. Valverde se encogió ligeramente de hombros.
—¿Confesión?

Laura apretó los puños.

—Acaba de admitir que estuvo allí.

—Eso no es un crimen —
respondió Valverde. Raúl
replicó con frialdad.
—Lo es cuando un niño muere y usted
encubre lo ocurrido. Valverde suspiró.
—No encubrí nada. Evité un
desastre. Laura golpeó la

mesa.
—¡Murió un niño!

El silencio explotó en la habitación. Valverde volvió a sentarse lentamente.
—Sí. Murió.

Raúl lo observó con desprecio.

—¿Y eso no le quita el sueño?

—Me lo quitó durante años —respondió el comisario—, pero ahora entiendo que fue necesario. Laura sintió un escalofrío.
—¿Necesario?
Valverde asintió.
—Ese dinero no era un simple robo
de adolescentes. Raúl frunció el
ceño.
—Entonces
explíquelo.

Valverde miró a
Laura.

—Tu padre lo sabía.

Laura sintió que el corazón se aceleraba.

—Mi padre no tiene nada que ver
con esto. Valverde negó.
—Todo tiene que ver con
tu padre. Raúl intervino.
—¿Qué era ese
dinero? Valverde
respondió con calma.
—Dinero de una
investigación. Laura

frunció el ceño.
—¿Qué investigación?

—Corrupción —respondió el comisario. El silencio llenó el despacho.
Raúl levantó una ceja.

—Eso sí es interesante.

Valverde continuó.

—Hace veinticinco años Nueva Hilda estaba llena de dinero sucio. Empresarios, políticos, contratos falsos.

Laura escuchaba en silencio.

—Tu padre estaba investigando todo eso. Raúl murmuró:
—Y el dinero confiscado era prueba. Valverde asintió.
—Exacto.

Laura habló lentamente.

—Entonces ¿cómo terminó en manos de esos chicos? Valverde respondió.
—Porque alguien lo robó de la comisaría. El silencio volvió a caer en la habitación. Raúl preguntó:
—¿Quién?

Valverde miró a Laura.

—Eso es lo que tu padre intentaba descubrir. Laura negó.
—Está mintiendo.

—No —dijo Valverde—. Cuando ese dinero desapareció, muchos hombres poderosos entraron en pánico.

Laura recordó algo.

—El padre de Daniel Ortega. Valverde asintió.

—Exacto.
Raúl
murmuró:
—El
empresario.

Valverde
continuó.

—Cuando Mateo vio el dinero, se convirtió
en un problema. Laura sintió un escalofrío.
—Entonces alguien decidió
silenciarlo. Valverde
respondió en voz baja.
—Sí.

Laura sacó las esposas.

—Se acabó el juego.

Raúl se acercó para ayudar.

Pero en ese momento la puerta del
despacho se abrió de golpe. Lucía Torres
apareció en el umbral.
Estaba pálida.

—Inspectora…

Laura frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Lucía respiraba agitada.

—La carpeta de
pruebas… Raúl
levantó la cabeza.
—¿Qué archivo?

—La carpeta que encontraron en este despacho
—respondió Lucía. Laura sintió un escalofrío.
—¿Qué pasa con ella?

Lucía tragó saliva.

—Ha desaparecido.

El silencio cayó sobre la habitación. Raúl murmuró:
—Eso es imposible.

Lucía negó con la cabeza.

—Alguien entró en la sala de pruebas hace cinco minutos. Laura comprendió entonces algo inquietante.
Si la prueba contra Valverde había desaparecido… el verdadero enemigo seguía dentro de la comisaría.

Capítulo 22 — La sala de pruebas

El silencio en el despacho del comisario duró varios segundos. Laura Méndez fue la primera en reaccionar.
—¿Cómo que ha desaparecido?

Lucía Torres seguía respirando agitada en la puerta.

—La carpeta no está en la sala de pruebas. Raúl frunció el ceño.
—Eso es imposible.

Lucía negó.

—Acabo de revisar el armario de evidencias. Está vacío. Laura miró a Valverde. El comisario seguía sentado, tranquilo. Raúl también lo notó.
—No se mueva.

Valverde levantó ligeramente las manos.

—No tenía pensado hacerlo. Laura caminó hacia la puerta.
—Raúl, vigílalo.

—Ni un paso — respondió él. Laura

salió al pasillo con Lucía.

La sala de pruebas estaba al final del corredor. Una puerta metálica con cerradura electrónica. Laura pasó su tarjeta y la puerta se abrió.
El interior estaba iluminado por una luz blanca fría.

Estanterías metálicas llenas de cajas numeradas. Lucía señaló un estante.
—Ahí estaba.

Laura se acercó.

La etiqueta seguía pegada, pero la caja había desaparecido. Laura respiró lentamente.
—¿Quién tiene acceso a esta sala?

—Solo los inspectores y el comisario —respondió Lucía.

—¿Y el registro de accesos?

Lucía se acercó al ordenador de la pared.

—Aquí.

En la pantalla apareció el historial. Tres accesos en la última hora.
Laura leyó los nombres.

Primero: Inspectora Laura Méndez. Segundo: Agente Lucía Torres.
Y el tercero…

Laura sintió un escalofrío. Subinspector Raúl Vega.

Durante unos segundos Laura no dijo nada. Lucía miró la pantalla.
—Eso no tiene sentido.

Laura habló lentamente.

—¿A qué hora?

—Hace ocho minutos.

Laura sintió que el estómago se le cerraba.

—Ocho
minutos… Lucía
levantó la
mirada.
—Eso fue cuando estabas hablando
con Valverde. Laura ya caminaba
hacia la puerta.
—Sí.

Cuando llegó al despacho del comisario, la
puerta estaba abierta. Raúl seguía allí.
Pero algo había cambiado.

Valverde ya no estaba sentado: estaba de pie, sonriendo.

Raúl miró a Laura.

—Todo bien.

Laura observó la habitación.

—¿Dónde está la
carpeta? Raúl
frunció el ceño.
—¿Qué carpeta?

Laura lo miró
fijamente.

—La prueba contra Valverde. Raúl negó.
—Yo no sé nada de eso. Laura sintió un escalofrío.
—Raúl…

El subinspector la observó durante unos segundos. Luego suspiró.
—Sabía que tarde o temprano lo descubrirías. El silencio explotó en la habitación.
Laura sintió que el mundo se detenía.

—¿Qué?

Raúl bajó la mirada.

—Lo siento, Laura.

Valverde comenzó a reír suavemente.

—Te dije que aún no habías descubierto todo. Laura miró a Raúl.
—Dime que esto no es lo que parece. Raúl respondió en voz baja.
—Ojalá pudiera.

Laura apretó los puños.

—¿Por qué?

Raúl levantó la mirada.

—Porque todo esto empezó conmigo. El

silencio cayó como una
bomba.
Laura sintió que el corazón se detenía.

—¿Qué estás
diciendo?

Raúl habló
lentamente.

—Hace veinticinco años… yo
también estaba allí. Laura lo miró
sin poder creerlo.

—Eso es
imposible.

Raúl negó.

—No.

—Yo era uno de los chicos.

Laura recordó la fotografía.

Seis adolescentes frente a la
Casa del Eco. Y entonces lo
vio claro.
Raúl estaba entre ellos.

Capítulo 23 — La verdad de Raúl

El silencio en el despacho del comisario era casi insoportable. Laura Méndez no apartaba los ojos de Raúl.
—Tú… estabas allí.

Raúl asintió lentamente.

—Sí.

Laura sintió un nudo en el estómago.

—Durante todo este tiempo has estado investigando conmigo.

—Lo sé —respondió Raúl.

Valverde observaba la escena con una sonrisa leve.

—Esto se está poniendo interesante. Laura no le prestó atención.
—Quiero la verdad.

Raúl respiró profundamente.

—La tendrás.

—Aquella noche éramos seis.

Laura recordó la fotografía frente a la Casa del Eco.

—Daniel Ortega.

—Mateo.

—Carmen Rivas.

—Luis Herrera.

—Yo.

Laura frunció el ceño.

—Eso son cinco.

Raúl levantó la mirada.

—El sexto eras tú.

El mundo pareció detenerse.

—¿Qué?

—Tú también estabas allí, Laura.

—Eso es imposible.

—Tenías trece
años.

Raúl asintió.

—Exacto.

Laura sintió que algo dentro de su memoria
empezaba a moverse. Recuerdos borrosos.
Sombr
as.

Voces.

—No…

Raúl continuó.

—Mateo encontró el dinero en el sótano de la Casa del Eco.

—Una bolsa llena de billetes.

Laura respiraba cada vez más rápido.

—No lo recuerdo.

—Porque lo olvidaste.

—Después de lo que pasó, tu padre hizo desaparecer muchas cosas. Laura sintió un escalofrío.

—¿Qué pasó exactamente? Raúl cerró los ojos un momento.
—Mateo quería devolver el dinero. Valverde murmuró desde el fondo.
—Un chico honesto.

Raúl continuó.

—Pero Daniel no.

—Empezaron a discutir.

—La pelea se volvió violenta. Laura susurró:
—¿Quién lo empujó?

Raúl levantó la mirada.

—No fue Daniel.

Laura sintió que el mundo se inclinaba.

—Entonces…

Raúl respondió en voz baja.

—Fuiste tú.

El silencio explotó en la habitación.

—Eso es mentira.

—Mateo tropezó —dijo Raúl—. Cayó por el agujero del suelo.

Laura sintió que el recuerdo comenzaba a
abrirse paso en su mente. Un grito.
Un golpe.

El eco del edificio vacío.

—Cuando vimos que estaba vivo, entramos en pánico.

—Yo no recuerdo nada de eso —susurró Laura.

—Porque tu padre llegó.

Laura sintió un escalofrío.

—¿Mi padre?

—Nos obligó a guardar
silencio. Valverde
intervino desde el fondo.
—Y yo me aseguré de que nadie hablara.

Laura cerró los ojos.

Las palabras de la grabación
volvieron a su mente. "Ya sabes lo
que hiciste."

—Entonces los suicidios…

—Culpa —respondió Raúl—. Veinticinco
años de culpa. Laura lo miró fijamente.
—¿Y tú?

Raúl respondió con frialdad.

—Yo no iba a morir.

—Porque yo decidí terminar esto. El silencio llenó la habitación.
Laura sintió un escalofrío.

—¿Qué quieres decir?

Raúl miró al comisario.

—Quiero decir que Valverde no era el único
que sabía la verdad. Valverde dejó de sonreír.

Raúl sacó una pistola lentamente.

—Y alguien tenía que pagar
por todo esto. El arma apuntó
directamente al comisario.
Laura sintió que el mundo estaba a punto de explotar.

Capítulo 24 — El disparo

El despacho del comisario estaba congelado en el tiempo.

Raúl sostenía la pistola con las dos manos, apuntando directamente al pecho de Tomás Valverde. Laura Méndez estaba entre los dos.
—Raúl… baja el arma.

Raúl no apartó la mirada del comisario.

—No puedo.

Valverde permanecía inmóvil, sorprendentemente tranquilo.

—Vas a cometer un error —dijo con calma. Raúl sonrió con amargura.
—El error lo cometiste tú hace veinticinco años. Laura dio un paso hacia él.
—Escúchame. Esto no va a arreglar nada. Raúl negó lentamente.
—Sí lo hará.

Valverde intervino.

—Si disparas, todo esto terminará contigo en prisión.

—No me importa — respondió Raúl. Laura

habló con suavidad.
—Mateo no quería el dinero. Solo quería devolverlo. Raúl cerró los ojos un segundo.
—Lo sé.

—Entonces no lo hagas por venganza.

—No es venganza —dijo Raúl—.
Es justicia. Valverde suspiró.
—Eso es lo que todos dicen antes de cometer una estupidez.

—Cállate —respondió Raúl.

El silencio volvió a llenar el despacho mientras la lluvia golpeaba las ventanas. Laura respiró profundamente.
—Raúl… mírame.

Raúl dudó y finalmente la miró. Laura aprovechó ese instante.
—Mateo murió porque todos entramos en pánico. Raúl apretó los dientes.
—No. Murió porque Valverde decidió encubrirlo. Valverde habló desde el fondo.
—Murió porque ustedes eran niños jugando con dinero que no entendían.

—Cállese —respondió Laura con odio. Raúl volvió a apuntarle.
—La verdad es que dejaste morir a un niño. Valverde respondió con calma.
—No iba a sobrevivir.

—¡Eso no lo sabes! — gritó Raúl. El eco resonó en el despacho.
Laura sintió que todo estaba a punto de romperse.

—Raúl, por favor.

Raúl respiraba cada vez más rápido.

—Durante años escuché esa voz en mi cabeza.

Laura recordó las grabaciones.

"Ya sabes lo que hiciste.
Devuélvelo." Raúl continuó.
—Pensé que era Mateo
castigándonos. Valverde
murmuró:
—Culpa.

Raúl lo miró con furia.

—No. Era
miedo.

Laura dio otro
paso.

—Baja el arma.

Raúl dudó. La pistola tembló
ligeramente. Laura extendió
la mano.
—Dámela.

Por un segundo pareció
que lo haría. Pero
entonces Valverde se
movió.
Solo un
paso.

Fue
suficiente.

Raúl
reaccionó.

El disparo rompió el
silencio. BANG.
Valverde cayó
hacia atrás. El
cuerpo golpeó el
suelo.
El eco del disparo resonó en
todo el edificio. Raúl se quedó
inmóvil.
Laura miró al comisario.

Sangre en la
camisa.

Respiración
débil.

Aún estaba vivo.

—¡Llama a una ambulancia!
—gritó Laura. Raúl no se
movía.
Laura le arrebató el teléfono y marcó emergencias.

Mientras hablaba con el operador, una idea terrible cruzó su mente.

Si Valverde moría…

tal vez la verdad completa moriría con él.

Capítulo 25 — La confesión

Las sirenas comenzaron a
escucharse a lo lejos. Primero
débiles. Luego cada vez más cerca.
Laura Méndez estaba arrodillada junto al
cuerpo de Tomás Valverde. La sangre se
extendía lentamente por el suelo del despacho.
—No te duermas —dijo con
firmeza. Valverde respiraba
con dificultad.
Raúl seguía de pie a unos metros, con la
pistola aún en la mano. Laura volvió a hablar.
—Escúchame. Necesito la
verdad. Valverde abrió los
ojos lentamente.
—Siempre quisiste la verdad…
inspectora. Laura ignoró el
comentario.
—¿Quién robó el dinero?

Valverde tardó unos segundos en responder.

—Tu padre.

El silencio llenó la
habitación. Raúl
levantó la cabeza.
Laura sintió que el corazón se detenía.

—Eso no es verdad.

Valverde respiró con dificultad.

—Sí lo es.

Laura negó con la cabeza.

—Mi padre estaba investigando ese dinero. Valverde sonrió débilmente.
—Eso es lo que él quería que creyeras. Laura sintió un nudo en el pecho.
—Estás mintiendo.

Valverde continuó con voz débil.

—Tu padre encontró ese dinero primero. Dinero de sobornos. Pruebas de corrupción. Raúl escuchaba en silencio.
—Pero en lugar de entregarlo… se quedó con una parte. Laura sintió que el mundo se inclinaba.
—No…

Valverde continuó.

—Mateo encontró la bolsa.

Laura recordó el sótano de la Casa del Eco.

—Mateo quería devolverlo. Valverde asintió lentamente.
—Sí.

—Pero si hablaba… tu padre estaba acabado. Laura susurró:
—Mi padre no mataría a un niño. Valverde negó.
—No lo hizo.

Laura lo miró fijamente.

—Entonces ¿quién?

—Nadie lo empujó —respondió Valverde.

El silencio volvió a llenar el
despacho. Laura frunció el
ceño.
—Raúl dijo que fui
yo. Valverde negó
con dificultad.
—No. Mateo resbaló.

Laura sintió que los recuerdos
volvían lentamente. El grito. El
suelo roto. El eco.
Valverde continuó.

—Pero cuando cayó… tu padre supo que todo
había terminado. Laura preguntó en voz baja:
—¿Qué hizo?

Valverde respondió con la poca voz que le quedaba.

—Me pidió que lo
arreglara. Laura cerró
los ojos.
—¿Cómo?

—Hacer desaparecer el dinero… y asegurarnos de
que nadie hablara. Raúl murmuró:
—Los suicidios…
Valverde negó
débilmente.
—Eso no fui
yo.

Laura abrió
los ojos.

—Entonces
¿quién?
Valverde miró a
Raúl.
—Él.

El silencio explotó en el despacho.

Laura giró lentamente la cabeza. Raúl estaba inmóvil.
Valverde continuó.

—Raúl empezó a llamar a los otros. A recordarles lo que pasó. Laura sintió un escalofrío.
—La voz…

Raúl habló por primera vez.

—No quería que murieran. Laura lo miró.
—Pero murieron.

Raúl bajó la mirada.

—Porque no pudieron vivir con lo que hicimos. Las sirenas ya estaban muy cerca.
Valverde respiró con dificultad.

—Ahora sabes la verdad. Laura lo miró fijamente.

—¿Por qué lo
hiciste? Valverde
sonrió débilmente.
—Porque alguien tenía que
proteger esta ciudad. Sus ojos se
cerraron lentamente.
El silencio llenó el despacho.

Y Laura comprendió que la verdad que había descubierto cambiaría su vida para siempre.

Capítulo 26 — El eco

Las sirenas llenaban el exterior de la comisaría.

Luces azules parpadeaban a través de las ventanas del despacho. Laura Méndez seguía de pie junto al cuerpo de Tomás Valverde. El silencio dentro de la habitación era pesado. Raúl no se había movido.

La pistola seguía en su mano. Laura lo miró lentamente.
—Se acabó, Raúl.

Raúl levantó la mirada.

—No. Esto terminó hace veinticinco años. Laura negó.
—No. Terminó hoy.

Raúl soltó una risa amarga.

—¿De verdad lo crees? Laura dio

un paso hacia él.
—Baja el arma.

Raúl miró la pistola como si acabara de recordar que la tenía.

—Mateo quería devolver
el dinero. Laura asintió.
—Sí.

Raúl apretó los labios.

—Era el único que creía que aún podíamos hacer lo correcto.

Laura respondió en voz baja.

—Éramos
niños.

Raúl negó.

—No. Éramos cobardes.

El sonido de pasos llegó desde
el pasillo. Paramédicos y policías
se acercaban.
Laura extendió la mano.

—Dame el arma.

Raúl la observó en silencio.

—Durante años pensé que esa
voz era Mateo. Laura recordó las
grabaciones.
"Ya sabes lo que hiciste.
Devuélvelo." Raúl continuó.
—Pero no era él. Éramos
nosotros. Laura frunció el
ceño.
—¿Nosotros?

Raúl respondió con calma inquietante.

—La culpa tiene voz.

El silencio llenó el despacho.

—Y cuando la escuchas el tiempo suficiente… se vuelve real. Laura sintió un escalofrío.
—Las grabaciones…
Raúl asintió.
—Las hice yo.

—Quería que recordaran.

Laura susurró.

—Pero no pudieron vivir
con ello. Raúl negó
lentamente.
—No.

Los pasos en el pasillo estaban cada
vez más cerca. Laura extendió la
mano otra vez.
—Dámela.

Raúl miró el arma.

—¿Sabes qué es lo
curioso? Laura no
respondió.
—El eco.

Raúl miró hacia la ventana.

—En la Casa del Eco, cuando gritabas…
tu voz volvía. Laura sintió un escalofrío.
—Eso es lo que nos pasó.

—El pasado
volvió.

Laura dio un
paso más.

—Raúl… no tienes que
hacer esto. Raúl la miró.

—No. Pero es lo único que queda.

Durante un segundo pareció que entregaría el arma. Pero entonces la giró hacia sí mismo.
—¡Raúl, no!

El disparo resonó en el despacho.

Los policías entraron corriendo en ese instante.

Raúl cayó al suelo.

El eco del disparo se perdió en el silencio. Laura comprendió entonces algo terrible: algunas voces nunca dejan de escucharse.

Capítulo 27 — El silencio

Tres meses después.

La lluvia caía suavemente sobre Nueva Hilda.

Laura Méndez estaba de pie frente al río que atravesaba la ciudad.

El agua corría lenta y oscura, como si arrastrara historias que nadie quería recordar. Detrás de ella, la ciudad seguía viviendo.
Los coches pasaban y las luces de los edificios se reflejaban en el agua. Pero para Laura todo parecía diferente.
Habían pasado tres meses desde aquella noche en la comisaría. Desde el disparo. Desde la muerte de Tomás Valverde. Desde la muerte de Raúl Vega.
El caso se había cerrado oficialmente.

"Accidente juvenil seguido de encubrimiento policial." Así lo llamaron.
Los periódicos hablaron durante semanas.

Corrupción. Dinero desaparecido. El pasado de la ciudad. Pero poco a poco todo volvió a la normalidad.
Siempre ocurre así. Las ciudades olvidan. Laura respiró profundamente.

En su mano sostenía una pequeña grabadora. La misma que había encontrado meses atrás. La encendió.

La grabación comenzó a sonar.

Una voz infantil llenó el aire
húmedo de la tarde. “Ya sabes lo
que hiciste. Devuélvelo.”
Laura cerró los ojos.

Durante años aquella frase había
sido un misterio. Una amenaza. Un
susurro del pasado.
Ahora sabía lo que
significaba. No era la
voz de Mateo.
Ni un
fantasma.

Ni una
maldición.

Era algo mucho más
simple. La
conciencia.
Laura abrió los ojos y miró el río.

Aquella noche en la Casa del Eco había
cambiado muchas vidas. La de Mateo.
La de Raúl.

La de todos los que
estuvieron allí. Y
también la suya.
Durante mucho tiempo había
intentado olvidar. Su padre.
El dinero.

El accidente.

Pero el pasado tiene una forma
curiosa de volver. Como un sonido
en una habitación vacía.
Como una voz que rebota contra las paredes.

Un eco.

Laura apagó la grabadora.

El silencio volvió a llenar el aire.

Pero sabía que no era un silencio real. Porque algunas historias no terminan nunca. Solo se alejan, se transforman y esperan.
Esperan el momento de volver. Laura miró por última vez el río.
Luego se dio la vuelta y caminó hacia la ciudad. Las luces de Nueva Hilda brillaban bajo la lluvia. Y mientras se alejaba, una idea cruzó su mente. El eco del pasado nunca desaparece.
Solo cambia de voz.

Epílogo — La voz

Un año después.

La Casa del Eco estaba en ruinas.

El edificio había sido cerrado por el ayuntamiento.

Las ventanas estaban cubiertas con tablones y la entrada principal sellada con cintas de advertencia.

Pero aun así, algunas personas
seguían acercándose. Era una tarde
gris.
El viento movía las hojas secas alrededor del
edificio abandonado. Un hombre caminaba
por el terreno cubierto de maleza.
Llevaba una chaqueta oscura y un sombrero que
ocultaba parte de su rostro. Se detuvo frente a la
puerta principal.
Durante unos segundos no
hizo nada. Solo escuchó.
El silencio del lugar era extraño, pesado, como si el
edificio guardara secretos. El hombre sacó algo del
bolsillo.
Una pequeña
grabadora.

Presionó el
botón.

Una voz infantil llenó el
aire vacío. “Ya sabes lo
que hiciste. Devuélvelo.”
El eco de la grabación rebotó en las
paredes del edificio. Y regresó.
Más débil, pero presente.

El hombre sonrió ligeramente.

Apagó la grabadora.

Luego miró hacia el interior oscuro de la Casa del Eco.

—Sí… todavía funciona.

El viento sopló entre las ventanas rotas.

El sonido se perdió entre los pasillos del edificio abandonado.

Y por un momento pareció que otra voz
respondía desde el interior. Un susurro casi
imperceptible.
Un eco.

Agradecimientos

A todos los lectores que han llegado hasta estas últimas páginas.

Escribir una historia es, en cierto modo, un viaje solitario. Durante muchas horas solo existen las palabras, los personajes y las ideas que poco a poco van tomando forma. Pero un libro no termina realmente cuando el autor escribe la última frase. Un libro termina cuando alguien lo abre y decide recorrer ese camino.

Por eso, gracias a cada persona que ha dedicado su tiempo a leer esta historia.

Gracias también a quienes creen en las segundas oportunidades, en la memoria y en la importancia de enfrentar el pasado. Porque, al final, todos tenemos algún eco que nos acompaña a lo largo de la vida.

Un agradecimiento especial a Ricky, compañero silencioso de muchas noches de escritura, por ayudar a dar forma a esta historia.

Y por supuesto, gracias a todos los lectores que apoyan a los autores independientes. Cada lectura, cada comentario y cada recomendación hacen posible que nuevas historias sigan naciendo.

Este libro existe gracias a vosotros.

Jesús López Solano